

lectivos pesares ; ya se vuelven todos los ojos llenos de lágrimas, más ó menos auténticas, hacia la ensangrenta mampostería de Puente Genil ó hacia la covacha ensangrentada del Cerro de San Blas. Todo eso ocurre y ocurrirá por espacio de otros quince días. Después, los *golfos*, sepultados provisionalmente por la tormenta, empezarán á pudrirse en su definitiva sepultura ; el sol irá borrando las manchas de sangre en la mampostería de Puente Genil ; los *golfos* seguirán durmiendo en sus covachas ; los trenes seguirán marchando por las vías ; dos jueces más darán á su cargo dos causas más, y... hasta otra.

Al pie de un tronco.

Tal vez un rayo lo partió, incendiando el ramaje. Aires y lluvias suavizaron los desportillos del hachazo eléctrico. Hoy el medio tronco aparece sin ramas en la cúspide, sin retoños en la corteza.

Entre los árboles brujescos que Goya copiara y que todavía salpican con sus centenarias imágenes el camino de la Bombilla al Pardo, es este leño un curioso ejemplar.

Roto en la cima, descarnado en la base, cubierto de jorobas y arrugas, parece animalote antediluviano, individuo último de una especie monstruosa. Empieza en serpiente y termina el pulpo.

Cabeza de serpiente es el muñón que señala el viaje del rayo. La hendidura que el rayo abrió, indica la boca del reptil; dos nudos reventones, los ojos; una mancha viscosa, incrustada entre aquellos nudos, el cráneo, deprimido y brutal. Sigue el tronco hacia abajo, retorciéndose, prolongándose, erizando las escamas de su corteza. Cuando está próximo á la tierra la corteza se rasga y las raíces surgen

en forma de tentáculos que se pegan al suelo. La tierra donde las raíces se clavan tiene rojiza la color, diríase empapada en sangre que los tentáculos extraen. Un fleco musgoso oscila sobre la hendidura del rayo. Es la baba de la serpiente.

Al pie de este árbol dejé caer mi cuerpo, mientras artesana multitud, codiciosa de esparcimiento, vivaqueaba en riberas y sotos, pidiendo á las aguas del Manzanares su música, al aire su oxígeno y al sol el beso de sus rayos.

Coches y automóviles marchaban por la carretera entre nubes de polvo; los ciclistas pasaban con sus máquinas bocinadoras; el tranvía del Pardo pasaba también con su agrio silbato y sus penachos de humo; un piano de manubrio reproducía una polka frente á un merendero, y catorce ó quince parejas danzaban á los compases de la polka.

Yo no estaba solo. Mi compañía era un obrero, hombre de treinta años, tan hecho á manejar herramientas con sus músculos fuertes, como á estudiar y vivir ideas con su cerebro sólido.

Pertenece el que fué ayer mi compañero á esa legión obrera que sufre el presente con los ojos puestos en el porvenir, á esos hombres sinceros, entre apóstoles y combatientes, que, siendo esclavos del salario, pelean por hacer á los esclavos libres y preparan la redención nu-

mana. Hombres ante los cuales vale detenerse, porque son los sembradores de un mundo nuevo.

Este de quien hablo me viene á buscar muchos domingos. Paseamos juntos. A él le agrada oír mis fantaseos de poeta; á mí me reconfortan sus energías de pensador.

Uno y otro, medio tendidos al pie del tronco macheteado por el rayo, permanecíamos s'len-ciosos: él, leyendo unas lecciones de mecánica; yo, reconstruyendo la novela de aquel árbol cadáver.

Cien años habían dejado de ser. El árbol entero, coronado por frondoso ramaje, se erguía al espacio, sintiendo circular por su tronco y por sus raíces borbotones de savia; los rayos del sol afacetaban el verde esmeralda de su copa; el río cantaba con celestinesco murmurio las delicias del soto.

Al pie del árbol y protegidos por su sombra merendaban juntos petimetres y majas, majos y duquesas. Una mujer que llevaba sello de realza en las líneas del rostro y cédula de manola en la mantilla y en el traje, chuleaba con un torero; un chiquillo astroso y un viejo lleno de mataduras, distraían con la música de una vihuela y un guitarro á los merendadores; una moza entonaba la seguidilla, y cuatro parejas se- guran el canto con los vaivenes de su danza.

Junto á los comensales asentaban dos frai- les: gordo uno á pique de estallar; otro flaco

á peligro de convertirse en sombra. El gordo y el flaco concordaban en el engullir que era á todo estómago y en el reir que era á toda boca.

Formaban en la compañía, y mostrábanse asiduos de la señora principal, que acariciaba con una mano la moña del torero y revolvía las cuentas del rosario con la otra.

Sitio vedado era el de la merienda y espesos ramajes lo ocultaban de miradas curiosas.

Por fuera de él se divertía una multitud que ostentaba la miseria en la ropa, la ignorancia en el rostro y la alegría chillona de los pueblos tristes en la voz.

Aquella multitud bailaba y bebía, llevando el insulto en los dientes, la brutalidad en los requiebros y la mano más cerca de la navaja que del corazón.

Lejos y á intervalos oíanse tiros de escopeta. Era Carlos IV, aquel pobre tonto coronado, que se divertía matando perdices y conejos.

Carlos IV era; como eran los merendadores cortesanos de marca, y el pueblo que se divertía un pueblo de leprosos y de mendigos. Pueblo fanatizado por los frailes, que vivía vida miserable é imbécil, con pocas escuelas, con muchos conventos, sin ideas en el cerebro y sin libertad en las almas, mientras Europa progresaba y Napoleón prevenía contra él sus traíllas de acuchilladores...

Cien años habían dejado de ser mientras yo recapitulaba la novela del árbol seco.

Cien años habían dejado de ser, y al término de ellos, cuando mis ojos contemplaban el espectáculo ofrecido por las alamedas y sotos que conducen al Pardo, antojábaseme que el ahora era el entonces.

Variaban los trajes, las personas, los merenderos, los vehículos; pero el fondo era igual.

Aun se confundían en compañerismo bochornoso, no en fraternal conjunto, damas y chulapos, andariegas y señoritos; aun se agrupaban á la puerta de los merenderos multitudes ebrias, haraposas de vestido y de sesos; aun había en su habla y actitudes ignorancia y brutalidad, fanatismo y servidumbre. Aun regenteaban los frailes el vivir de los hombres; aun eran el convento soberano y la cogulla dictador; aun se inclinaban poderosas y poderosos ante las voluntades de la toca y del hábito; aun reproducía el camino del Pardo de hoy el camino del Pardo de hace un siglo; aun...

¿Es que había pasado inútilmente una centuria? ¿Es que volvíamos al entonces? ¿Es que, mientras el árbol seco no tornaría á retoñar, iba á retoñar la época en que aquel árbol verdeaba, en que España era risa de Europa y presa fácil al capricho de los conquistadores?

Volví los ojos hacia mi compañero. Continuaba con los suyos puestos en el libro. Otros

obreros, como él inteligentes, como él educados, pasaban por junto á mí con sus familias. No todo era vino y brutalidad en el campo, no todo era en la ciudad servidumbres é ignorancias y fanatismos.

En todas partes, grupos de pensadores y combatientes se contaban, estrechándose bravamente las manos...

Verdad que el árbol desde hace un siglo continuaba en pie ; pero el rayo lo había herido, la savia no circulaba por su tronco.

Quizás allá en el fondo del horizonte, entre los vapores de una ligera nubecilla opalizada por el sol, forjábese el rayo que partiría el tronco por el pie.

La ciudad y el campo.

—En casa de mi padre hay unos forasteros que necesitan ver á usted.

—¿A mí?... ¿Quiénes son?

—No sé. Me han dicho que busque á usted y que le acompañe.

—Pues andando.

Y juntamente con el mozo me encaminé á la plaza del pueblo, á casa de Basilio, un excelente amigo que, en punto á *naturalezas múltiples*, da quince y raya al difunto Calderón Collantes; como que es labrador, ganadero, juez municipal y padre de familia.

A la puerta de casa de Basilio paso alguna y aun algunas horas todas las mañanas, recostado contra un banco de piedra, protegido por la sombra que proyecta la tapia, acariciado por el aire puro de la sierra que refresca mi cara y en compañía de un perrazo que ronca á mis pies.

Allí paso el tiempo, distrayendo mis ojos con la contemplación del inmediato cerro, sobre cuyas crestas grises produce el sol reverberaciones

aceradas; jugueteando con dos ó tres chiquillos de cutis sucio y alma limpia; escuchando la charla de las mozas que, cántaro en cadera, se reúnen al pie de la fuente; entretenido por el cuchicheo misterioso de vistosa parra que á pocos pasos de mí se eleva, descolgando sus hojas sobre ancho portalón almazorronado, para formar un toldo verde, tras el cual suenan cantos de pájaros y risas de mujer.

Es aquel banco mi centro de quietud, mi ración de opio, mi limbo cerebral. Apoyado en él ni siento los afanes que la diaria lucha produce, ni el presente me importa, ni me preocupa el porvenir. Hasta las actuales desdichas de España, semejantes á una llaga contagiosa que suda ignominias, me impresionan de un modo perezoso y débil, tan perezoso como la conciencia de los políticos profesionales que á todo se atreven, y tan débil como el espíritu nacional que á nada se decide...

Allí permanezco inmóvil, soñoliento, pasivo, falto de voluntad y acción. Parece en tales instantes que el mundo está reducido al espacio que ocupo; que es inútil molestarse por causa alguna; que la vida consiste en dejar venir la muerte poco á poco con los ojos entornados y el cerebro dormido...

Necesario es que el sol, apoderándose de mi banco, me golpee el rostro con una bofetada de luz, para recordar que mi deber de hombre

consiste en algo más que en sonambulear al fresco entre charlas de mozas, juegos de niños, cantos de pájaros y risas de mujer...

Llegamos á casa de Basilio, y á buen seguro que nunca imaginé recibir tan importante visita como la que en ella me aguardaba.

No vayan á suponer mis lectores que era la tal visita un príncipe disfrazado ó un emisario del Gobierno pronto á comunicarme los postrimeros detalles de la guerra con el mismo teatral aparato con que los vendedores de periódicos vocean las noticias y detalles *del último crimen*. Nada de eso. Ni príncipe disfrazado, ni estateta gubernativa; ni siquiera se trataba de un bolsista ganoso de anunciarme que Watson, llegado de improviso á nuestras costas, acababa de echar á pique la escuadra de Cámara, y con tan plausible motivo habían subido cuatro enteros los fondos...

Mis visitantes eran cinco ó seis delegados de la Sociedad de Canteros de Madrid.

—¿Y á eso llama usted visita importante?—preguntarán algunos.

—Sí, por cierto—respondo yo.

Los canteros madrileños que, gracias á su constancia, han conseguido unirse y, gracias á su unión, se ven hoy menos explotados que antes, venían á Moralzazal para decir á los *sacadores de piedra*: «Juntaos con nosotros; formad parte de nuestra agrupación; sed como

un solo hombre vosotros, los canteros de los pueblos circunvecinos, y conseguiréis que esté mejor retribuido vuestro trabajo.»

Claro que el acto en sí resulta pequeño; apenas si tiene importancia á primera vista, y, sin embargo, significa mucho.

Los canteros de Madrid quieren ponerse de acuerdo con los *sacadores* de la provincia, para constituir una Sociedad única y exclaman: «Así como nosotros hemos estatuido estas y las otras bases para regular el trabajo en el taller cerrado de la ciudad, estableced vosotros bases para regular el trabajo en el taller libre de la cantera. Seamos todos unos. Nosotros os ayudaremos allí; ayudadnos aquí vosotros. Defendamos juntos nuestra independencia y nuestro pan. Que la palanca del *sacador* no arranque á la cantera piedra que contra los derechos del cantero pueda emplearse; que el mazo del cantero no golpee piedra que, contra los derechos del *sacador*, se haya extraído del monte. El trabajo, sí; la servidumbre, no. Ahí tenéis lo que venimos á proponeros. Resolved.»

Así hablaban los canteros madrileños á los aldeanos *sacadores*. Y era de ver á estos últimos escucharles, primero con los ojos curiosos, la boca entreabierta, la cara contraída y los puños sobre las rodillas, como si no entendieran lo que se quería decirles, hasta que al fin, penetrados del asunto, de la conveniencia de sumarse

á la Sociedad general de Canteros, acordaban por unanimidad ser unos con ellos, constituir una sola agrupación, pronta á auxiliarse y protegerse en todo caso.

¿Qué significa el acto de los canteros y sacadores? ¿Nada? Mucho. ¿Un acuerdo entre dos oficios que se reúnen para mejorar las condiciones de su trabajo? No. Un apretón de manos entre dos humanidades igualmente explotadas que se aperciben á la lucha.

Aquello que yo veía realizarse por una reunión de gente humilde en el estrecho recinto de una sala mal alumbrada, era algo más importante, más transcendental que todo lo hecho en las Cortes desde treinta años acá por los retóricos de la política que fían la patria á las sonoridades de un párrafo, y por los diputados de á tanto el voto, que pasan y repasan los bancos del Congreso como una procesión de mudos. Aquello era un trazo vigoroso dado con mano firme en el lienzo sin límites donde se aboceta el porvenir. Era el abrazo primero que se daban la ciudad y el campo.

¡El abrazo de la ciudad y el campo! Es decir, el siervo del taller acercándose al siervo del terruño para gritarle: «Seamos libres; proclamemos nuestro derecho; sumémonos y vayamos juntos á reclamar un puesto en la vida. Hasta ahora hemos sufrido separados, ajenos unos á otros, sin relaciones de ninguna espe-

cie, como hermanos que se desconocen y no comparten sus dolores y no se ayudan en sus desgracias... Ya es tiempo de que el alejamiento se convierta en compenetración; ya es tiempo de que los trabajadores intelectuales y manuales, obreros de la ciudad y obreros del campo, hombres de la fábrica y hombres del surco, dejemos de ser masa explotada, instrumento dócil, materia dúctil manejada á capricho. Ya es hora de que la cosa se convierta en ser, de que la humanidad sea un cuerpo entero y no un cuerpo partido en dos pedazos: uno que chorrea sangre y otro que chorrea oro. Ya es hora.»

Cuando la reunión terminó cuando los trabajadores de campo cerraron las puertas de sus casas y los de la ciudad emprendieron la marcha á otros pueblos para seguir la propaganda, yo les miré alejarse como heraldos de próximas renovaciones sociales, de revoluciones que habían de conmover al mundo y hacer presente el porvenir.

Poesía.

Es á primera hora de la noche. Mi amigo y yo vamos paseo de Areneros arriba.

Vamos sin ir, sin rumbo trazado, á la casualidad de la noche marceña. Fría es. La niebla humedece nuestros semblantes con su vaho sutil.

El frío no llega á nuestras almas. Del rescoldo romántico que guardamos dentro del alma, aun los que ya no somos jóvenes, irradia calor de poesía.

Nuestro diálogo es vivo; enérgicos nuestros ademanes.

Ensueños que perduran bajo la nieve de las canas suben en tropel á nuestras bocas. Acaso la renaciente primavera los traiga. Ella es juventud. Con brotes nuevos los lleva á plantas y árboles; con esperanzas al mocerío; á quienes tocamos en la madurez del vivir, con recuerdos. Recordar es, para nosotros, la manera de hacernos jóvenes.

Recordando vamos por el solitario paseo. Amores idílicos, embriagueces de vino, de pa-

sión y de gloria... Todo lo que fué vuelve y es realidad momentánea.

En este recordar, los años de nuestro aprendizaje artístico acuden á la imaginación.

Y pasan ante nosotros los difuntos ilustres, los que empezaban á ser viejos cuando nosotros no éramos hombres todavía. Hoy, entre las nieblas nocturnas, pronunciamos sus nombres con igual reverencia que lo pronunciábamos entonces.

Ellos fueron nuestros padres intelectuales; de ellos venimos; ellos ensancharon la senda por donde nos fué dado caminar. Para los jóvenes de hoy la ensancharán quienes hoy envejecen; para los jóvenes de mañana la ensancharán, con la labor que realicen, los jóvenes de hoy.

No hay en la intelectualidad generaciones espontáneas; unas vienen de otras; todas se deben colectivo respeto, siquiera la admiración quede para quienes de entre ellas supieron ganarla: ganarla en ese juicio que no es el de la moda y el de la actualidad, tan expuesto á equivocaciones, sino el que se hace luego, ante el tribunal depurador del tiempo y de la muerte.

Tocóles turno á los poetas, y entre ellos, como rey en corte de príncipes, apareció Zorrilla, el gran poeta castellano, el poeta español por antonomasia.

Y mi amigo comenzó á rescitar sus versos, y llegó á los de la serenata que ha inmortalizado el nombre de Galiana:

Paso la noche sombría

suspirando á tu ventana,

Galiana mía.

Mas si han de expirar mis quejas

en tus rejas,

no me las abras, Galiana,

noche ni día.

Dulce y melancólico el estribillo de la serenata, subía hecho música de amor por la atmósfera.

Cerca de mi amigo y de mí sonaron pasos que se acomodaron á los nuestros.

Voví la cabeza á su ruido.

Una mujer, aún joven, y un chiquillo de doce años, caminaban á la par de nosotros, escuchando los versos, recreándose en su armonía.

Eran gente del pueblo: el chiquillo, con blusa de percal y gorra de seda; la mujer, con pañuelo de seda á la cabeza y mantón de lana en los hombros. De cierto eran una madre y un hijo que, terminadas sus faenas de la fábrica y del taller, se reunieron en cualquier sitio para ir juntos á la común vivienda á saborear la cena humilde.

De prisa van los obreros por la calle en estas horas de recojo.

Nosotros íbamos despacio, y la mujer y el niño tomaban la medida del paso nuestro para medir los suyos.

Las frases de un poeta tenían poder suficiente á retrasar el viaje de dos trabajadores fatigados por los trajines de su oficio.

El canto amoroso de un rondador ante la reja de Galiana, esclavizaba sus voluntades. Iban recogéndolo, escuchándolo con el corazón en los ojos.

Mas si han de expirar mis quejas
 en tus rejas,
 no me las abras, Galiana,
 noche ni día.

Era la última estrofa. Mi amigo y yo detuvimos el paso para seguir los ecos de la estrofa en el silencio de la noche.

La mujer y el chico continuaron su camino, repitiéndola por lo bajo :

no me las abras, Galiana,
 noche ni día.

¡ Ah, si Zorrilla, el viejo inmortal, el gran poeta castellano, hubiera podido presenciar la escena, temblara de orgullo !

Aquel niño y aquella mujer, aquel cacho de multitud, olvidándose de todo, aun del sueño y del hambre, para volverse corazón ante una poesía suya, fueran su corona mejor.

Porque esa es la misión y esa la gloria del artista : conmover, subyugar á todos, herir con su arte en el corazón de las multitudes.

Sólo es gran artista quien lo alcanza, quien sigue reinando sobre las multitudes á través del tiempo y de la muerte.

El estudio de los Homúnculos es un estudio que se refiere a la vida de los seres que viven en el mundo de los sueños y de la imaginación. Estos seres son creados por el espíritu humano y viven en un mundo que es independiente del mundo físico. El estudio de los Homúnculos es un estudio que se refiere a la vida de los seres que viven en el mundo de los sueños y de la imaginación. Estos seres son creados por el espíritu humano y viven en un mundo que es independiente del mundo físico.

Homúnculos.

Del viaje, á medias científico y á las otras medias grotesco, que, por gracia del doctor Chicote, hicimos el sábado Pedro de Répide y mi persona humilde, dijo ya—y muy bien dicho— en su crónica última cuanto puede decirse el castizo novelador de «La enamorada indiscreta».

No es cosa de glosarle. Menos aún de repetir elogios á Chicote por lo sabiamente que provee todos los menesteres del Laboratorio Municipal.

Repetir esos elogios fuera contra la probada modestia de Chicote; hasta, si se me apura, contra la efectividad de su mérito. Entonar á todas horas alabanzas en beneficio de un sujeto, es algo así como dar muletas á un cojo para que no se caiga. Dénselo en buena hora á quien las haya menester; ello es de caridad. Quien tiene alas de veras no necesita, para sostenerse, ahuecadores.

Lo que dije del Laboratorio, digo también del campamento donde nos fué presentada, con los adornos de cobijo, ropa, lecho, mantenen-

cia é higiene, una fiel representación de la andantesca golfería.

Hubiérame sido difícil reconocerla, sin coña y sin hambre, con las uñas limpias y con la ropa sin desgarros, si el guiñar bellaco de los ojos, el truhanesco fruncir de las bocas y la nerviosidad de pájaros cautivos que en todos aquellos sujetos se observaba, no los delatará como legítimos ciudadanos del hampa, en cuyo Gotha rufanesco campean los regios blasones del Lazarillo, de Guzmán y de Pablos.

Fruto granado de pícaro eran unos, simiente los más; pocos, gente bastarda, á quien la física inutilidad ó un rudo empujón de la miseria había mezclado con los hampones «pura sangre».

El resto no mentía la casta. Cualquiera de ellos, puesto en el patio de Monipodio, se hubiera hallado en casa propia y hubiera sido recibido, no en huésped, en hermano, por los tertulios habituales. No hallarían unos con otros diferencia. Idénticos serían. Al fin y á la postre, idénticas son las causas por que cuajaron á montones pícaros en nuestro español siglo XVII y cuajan á montones golfos en nuestro español siglo XX.

Allá se van la raza de hoy y la de entonces en punto á hambre, ineducación y desaseo; allá se van también en punto á despejo y desvergüenza naturales.

¡Qué remedio!... Vamos, remedio sí lo habría, pero, á la cuenta, bien se está sin él, puesto que quien puede no lo pone; necios somos quienes, sin poderlo poner, predicamos para que quien puede lo ponga.

Llegó la hora de repartir las cajetillas. Hora de suprema ventura para los hampones acampados, que en lo del tabaco sufren privación y á las veces van corriendo de mano en mano y de boca en boca un solo pitillo, y no entero, pues colilla emprestada en el suelo es la que se fuman entre ochenta. ¡Tendrá que ver y oír el que en tales ocasiones ocupe el último lugar!

Puestos en mí los descarados ojos, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, echada atrás la boina y humeante el pitillo en la boca, avanzó el personaje.

Levantaría del suelo un metro y tendría sus doce años de edad.

En su pupilas había una mirada dolorosa de picardía y de inocencia; en el gesto de su boca se abocetaba el rufián y temblaba el ángel.

—¿Se fuma?—le dije.

—¡A ver!—respondió, con el desparpajo de la desvergüenza.

Tras breve pausa y ya sin vergüenza, añadió, contemplándome cara á cara con fijeza insolente y simpática:

—El fumar entretiene. En algo hay que entretenerse mientras está uno aquí.

—¿No estás aquí bien?

—Sí, señor. Vamos, me tratan bien; pero esto no es la calle.

—La calle es peor para ti.

—Pa unas cosas. Pa otras...

Una sonrisa cínica que espantaba en aquella boca de niño, llenó los puntos suspensivos.

—¿Tienes padres?

—Como si no. Mi padre anda preso. Mi madre anda por ahí. Cuando me trajeron aquí hacía ocho meses que no tropezaba con ella.

—¿Dónde vivíais antes?

—Yo, en la calle. Mi madre... á punto fijo no lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Pepe.

—Sabes leer, escribir?

—Me estorba lo negro.

—¿Qué harás cuando salgas?

—Lo que antes. Recoger colillas, abrir las portezuelas de los coches, jugarme las propinas, dormir en las buñolerías, cuando tenga perras pa café, y en el quicio de los portales ó en las covachas del Puente cuando no las tenga. Buscármelas, don Joaquín. Siempre se encuentra algo. Cuando se es chico siempre hay manera de vivir.

—¿Y cuando seas hombre?

—Cuando sea hombre... ¡cualquiera sabe lo que pasará entonces!—añade, encogiendo los

hombros, apartando el cigarrillo de la boca y escupiendo al cielo una ancha bocanada de humo.

¡Cuando sea hombre, cuando la semilla dé fruto!...

¡Pobre «homúnculos»... Las hierbezuelas, al empuje del huracán se doblan, se arrastran; pero el huracán pasa y vuelven á erguirse y á columpiarse frente al sol. Los árboles mal arraigados, al embate del huracán se rompen y entre llamas mueren retorciéndose ó en el 'ango se pudren poco á poco.

Frente á mí, en el campamento establecido sobre el paseo del Canal, se balanceaba graciosamente aquel capullo humano. Preso el padre, perdida la madre por las callejuelas, á ofrenda de lascivia económica; con la escuela cerrada para su educación y el hambre abierta para su estómago, sonreía el chiquillo.

Así debía de crecer, así tendría que hacerse hombre, así le dejarían, le condenarían á hacerse hombre en esta gran ciudad que recorren los automóviles y los coches galoneados, en esta capital donde los palacios brillan como joyeles y los conventos se yerguen como fortalezas.

—Desde hoy—dijo Chicote—sois libres para seguir aquí ó para marcharos. En vosotros está escoger.

Algunos se acercaron á mí en solicitud de trabajo; fueron pocos; les pedí sus nombres.

Un infeliz obrero, casi ciego por causa de un hundimiento en un pozo negro, reclamó plaza en un asilo. También pedí su nombre.

En los demás sólo vi reflejada el ansia de ser libres. La vida antigua les llamaba.

El chiquillo tuvo un total temblor; sus brazos se movieron como dos alas apercebidas á volar. Era como un gorrión desentumeciéndose en el interior de la jaula entreabierta.

¿Dónde daría con su vuelo?

Quizá contra los barrotes de la cárcel en que sufre el padre prisión.

De rastrillo adentro.